

los cariñosos deseos de sus hermanos, el que a tantos alentó para que marcharan valientes hasta el último suplicio, para ser degollados por los verdugos o para ser molidos como trigo por los dientes de los leones ¿huiría honrosamente ahora porque el peligro para él fuera inminente? Ciertamente que no; por eso él acude al Papa y le ruega humilde que le permita quedarse cerca del tirano Emperador en aquellos momentos en que podría ser más útil a la perseguida cristiandad y entonces fué cuando el Romano Pontífice S. Cayo, mártir también, dió a S. Sebastián el título más honroso que puede ostentarse en la santa Iglesia, al decirle estas consoladoras palabras: «Quédate en buena hora, hijo mío, en el campo de batalla, y en traje de oficial del Emperador sé *glorioso defensor* de la Iglesia de Jesucristo.»

Y así lo fué, en efecto. Bien puede decirse que S. Sebastián alentó a todos los mártires de aquel tiempo mientras estuvieron en las cárceles de Roma, dándose el caso, como sucedió con la familia de Tranquilino y Marcia, que cuando los parientes tenían a un preso cristiano dispuesto a abjurar de su fe santa para salvar su vida S. Sebastián de tal modo volvía el valor y la gracia de Cristo al cristiano prisionero que éste, encendiendo en el pecho de sus parientes el fuego de la caridad divina los convertía a todos en públicos confesores de Cristo y juntos daban su sangre por la fe de los cristianos.

Pero tanto heroísmo no podía estar por mucho tiempo oculto a los ojos del Emperador y el invicto Sebastián no tardó en ser acusado, como uno de los más fervorosos cristianos al gran perseguidor.

«Asombrado Diocleciano de lo que oía, dice la biografía de nuestro Santo, mandó luego llamar a Sebastián, y con las expresiones más sentidas le acriminó su ingratitude, sobre todo por haber intentado irritar la cólera de los dioses contra el Emperador y contra el imperio, introduciendo hasta en su mismo palacio una religion (como él llamaba) tan perniciosa al Estado.

«Respondió Sebastián con el mayor respeto, que a su modo de entender no podía hacer servicio más importante al Emperador y al imperio que adorar a un solo Dios verdadero, y que estaba tan distante de faltar a su deber por el culto que rendía a Jesucristo, que antes bien nada podía ser tan ventajoso al Príncipe y al Estado como tener vasallos fieles que, menospreciando a los dioses falsos, hiciesen oración incesantemente al soberano Arbitro y Criador del universo por la salud del Emperador y del imperio.

«Irritado el Emperador con esta generosa respuesta, mandó al instante, sin esperar otra forma de proceso, que Sebastián fuese amarrado a un tronco, y que fuese asaeteado por los mismos soldados de la guardia. Ejecutóse al punto sin remisión esta cruel sentencia, y fué cubierto el glorioso confesor de Cristo de una espesa lluvia de saetas. La noche siguiente fué a buscar el santo cuerpo, para darle sepultura, una devota mujer llamada Irene, viuda del santo mártir Cástulo, y quedó gozosamente admirada y sorprendida, hallándole todavía vivo. Hizole llevar secretamente a su casa, donde dentro de poco tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas.»

¿Había concluido ya la gloriosa carrera del gran *defensor de la Iglesia*, S. Sebastián? Cualquiera creyera que sí; pero no es así el valor que se ha templado en el costado abierto de Cristo, ganoso siempre de más eterna gloria tiene por escasos todos los tormentos y siempre viven avaros de más padecer, y porque es así las ansias del martirio en S. Sebastián se acrecientan con las saetas que habían cubierto de gloriosas cicatrices el cuerpo de nuestro santo mártir y de esos heroicos deseos impulsados, lejos de escuchar las nuevas sugerencias de los cristianos que lo inducen a huir y esconderse, marcha a buscar al impío y cruel Diocleciano y esperándole sobre una escalera que llamaban el mirador de Eliogábalo: «¿Es posible, señor, le dijo con valor y con respeto, que eternamente os habéis de dejar engañar de los artificios y de las calumnias que perpétuamente se están inventando contra los pobres Cristianos? Tan lejos están, gran príncipe, de ser enemigos del Estado, que no tenéis otros vasallos más fieles, y que a solas sus oraciones sois deudor de todas vuestras prosperidades.»

Atónito el Emperador al ver y al oír hablar a un hombre que ya tenía por muerto: «¿Eres tú, le preguntó, aquel mismo Sebastián a quien yo mandé quitar la vida, condenándole a que fuese asaeteado? Sí, señor, respondió el Santo: el mismo Sebastián soy; y mi Señor Jesucristo me conservó la misma vida, para que